

El retorno de los inmigrantes

Dedier Norberto Marquiegui

*Investigador de Carrera del Consejo Nacional de Investigaciones (CONICET)
Profesor de la Universidad Nacional de Luján (Unlu)*

Recuperar la perspectiva del actor. Recomponer, hasta donde nos lo permitan los fragmentarios trazos de esa perdida cotidianeidad que a través de los documentos pueden llegar hasta nosotros, los itinerarios colectivos y la experiencia de aquellos que en definitiva habían sido sus verdaderos y únicos protagonistas. He aquí algunos de los objetivos que están en el centro de las preocupaciones de quienes, los últimos treinta años, han tratado de examinar con nuevos ojos un proceso cuyas implicancias, en la definición de muchos de los rasgos que caracterizaron después los comportamientos de la moderna sociedad argentina, no escapa seguramente a nadie y pareciera innecesario destacar ahora. Nos estamos refiriendo, desde luego, a las migraciones, de matriz europea, latinoamericana o de otras procedencias, cuya profunda huella nos es incluso posible más modestamente rastrear a través de nuestras propias historias personales o familiares las que, como sabemos, podrían muy bien fuera de toda duda atestiguar los alcances de un fenómeno por donde se mire omnipresente.

El escenario, empero, el modo cómo en adelante las migraciones han sido representadas por los estudiosos en la materia, o por quienes estuvieron detrás de una clase de resolución como ésta que, como se entenderá, se debía por fuerza superponer sobre otras interpretaciones previas, a las que modificó según los autores sustancial o parcialmente, como es la idea misma del "Crisol de Razas", que operó largamente como "mitología orientadora" en la formación de una especie de "consenso" o de "sentido común" compartido pero que recién alcanzó una más precisa formulación científica en la década de 1960, las propias crónicas antes formuladas desde las colectividades o desde los actores contemporáneos de la inmigración masiva, obedece a una pluralidad de razones que, en su conjunto, parecen difíciles de explicar, aunque igualmente trataremos de señalar algunas.

En primer lugar, las nuevas formas de aproximación se presentaron como una alternativa válida para aquellos que buscaban oponerse, diferenciándose, de los enfoques estructurales a los que criticaban por su escasa capacidad descriptiva; jaqueados como estaban

además por los acontecimientos que desde mediados de la década del ochenta habían puesto en evidencia el rotundo fracaso de sus capacidades predictivas, desde la caída del muro de Berlín, hasta el "Fin de la Historia" por el triunfo del mercado de Fukuyama, pasando por las recurrentes crisis que afectaron a las economías tercermundistas y que exigieron del "retorno del pasado" para tratar de dar cuenta de algo que no podía ser explicado dentro de los cánones ortodoxos del neoliberalismo (Levi, 1991). Interpretaciones todas que, si diferentes entre sí, como es fácil advertir, sin embargo en el análisis de las migraciones coincidían al sistemáticamente pensarlas como las hijas dilectas del capitalismo, haciendo énfasis en el funcionamiento del "sistema", erigido de esa forma en el verdadero objeto de investigación, lo que dio lugar a una concepción demasiado lineal de los flujos, por no decir también demasiado mecánica y estática, que según desde donde se los mirara solía poner el acento en los factores de "repulsión" o de "atracción" (lo que configuraba el modelo pull/push en su acepción más sofisticada), a la vez que las comprendía como desplazamientos unilaterales y definitivos que se producían de país a país, y en que la asimilación en el destino era algo en todo caso inevitable, por lo que las decisiones de los emigrantes eran pasadas por alto o directamente ignoradas por considerarlas irrelevantes en definitiva (Ramella, 1995).

Se llegaba así a la paradójica situación de haber dado lugar a una forma de ver a las migraciones, que era contradictoriamente la una de "historia sin gente" siendo que supuestamente refería a inmigrantes, o que se daba el gusto subrayar algunos factores a costa de groseramente desestimar otros, por lo demás demasiado evidentes para ser eludidos, como la muy obvia constatación de que los hombres habían estado emigrando siempre; extraviando de esa forma, en su presunto afán de objetivación, esa irrenunciable meta de los historiadores que debiera ser invariablemente tratar de captar la condición dinámica de los procesos que describen.

Mejor aún, aunque hubo autores no lo entendieron así, desde el principio las comprobaciones lo fueron sobre todo empíricas, surgidas del análisis por ejemplo de fuentes tan tradicionales como aquellas, estadísticas y censales, sobre las que se erigió la interpretación primera de los sesenta. Pero que, puestas bajo nueva luz, fueron capaces de relevar inesperadas facetas, como los altísimos índices de retorno que en mayor o menor grado había caracterizado a casi todas las colectividades, viniendo a de esta forma desmentir la presunta unidireccionalidad y condición definitiva de unos flujos que, en su versión más tradicional, en

realidad, funcionaban en conformidad con los mecanismos de compensación propios del mercado. Una conclusión que, sumada a otras, como aquellas surgidas de la exploración de otros nuevos materiales, por lo general fuentes uninominales localizadas tanto en el lugar de origen como en el de llegada (como, entre otros, los permisos de embarque, los policiales o expedidos por las autoridades jurisdiccionales, los nulla osta, las listas de desembarco, las cédulas censales, registros de socios de las mutuales extranjeros, censos municipales o actas de matrimonios parroquiales o del Registro Civil de las Personas), hicieron evidente que los inmigrantes llegados aquí, antes que proceder de un determinado país lo eran sobre todo de ciertas regiones y dentro de ellas de comunas dirigiéndose en el destino a su arribo a específicos lugares de destino, lo que nos revela un panorama enormemente más rico y complejo de aquel otro previo, hecho todo de fuerzas impersonales pero que, más interesante aún, devolvía el control de todo el proceso, y de su vida, a quienes habían sido sus verdaderos intérpretes.

Personas que, enfrentadas a situaciones de crisis, porque desde luego tiene que existir una razón para partir, si bien esta no tiene por qué ser exclusivamente aunque sí tal vez la mayoría de las veces preponderantemente económica, manejaban un cúmulo de respuestas. Soluciones de las que solo una es emigrar pero no necesariamente la única, lo que los aleja de esa oprobiosa analogía con el perro de Pavlov, que reproduce siempre las mismas y repetidas conductas ante estímulos similares, subrayada por algunos, restituyéndoles además su condición de seres racionales que deciden, obran y piensan, escogiendo remedios, mas no en el vacío supuesto por imaginarios mercados en donde la información es libre y disponible para todos de igual manera y no existen restricciones que impidan la movilidad tampoco, sino que operan, y no para maximizar sus ganancias o por haber sido proletarizados sino todo lo contrario en la generalidad de los casos para evitar proletarizarse, en el marco de precisas estrategias formuladas en el marco de estrategias familiares de sobrevivencia (Baily, 1992). Cómo lo han podido comprobar aquellos trabajos que, tomando por base a la documentación expedida en las aldeas de origen, han logrado demostrar que las familias que residían en el lugar controlaban, por sus miembros emigrados, información de un número limitado de destinos orientando a sus miembros hacia la mejor opción en caso de que creyeran conveniente seguir el mismo camino. Es decir, los potenciales inmigrantes actuaban a partir de un limitado elenco de alternativas, con objetivos y recursos, que no eran exclusivamente suyos sino que involucraban a todo un conjunto de personas con él relacionadas, pero que les permitían a la

vez minimizar los riesgos de semejante decisión hasta donde eso era posible. Eso explica también porqué, contra lo que habitualmente se suele pensar, las migraciones transatlánticas eran una experiencia que excluía (como sucede hoy) a los sectores más pobres y desvalidos. Es que, vistas en términos de una inversión que implicaba costos, comenzando por el pasaje, y expectativas de beneficios; quienes la encaraban debían disponer de un pequeño patrimonio o de recursos, aunque más no sea relacionales, que les permitan hacer frente a esos gastos. Por eso fueron campesinos, propietarios de pequeñas parcelas, como se ha podido probar en todas partes en donde se ensayaron esta clase de análisis, los que habrían de partir, más nunca trabajadores ocasionales, jornaleros o braceros (a no ser que medien coyunturas excepcionales como la concesión por parte de los gobiernos sudamericanos de pasajes subsidiados). Y es por eso también que, si el propósito es siempre mejorar la propia situación, esa mejoría no es siempre necesariamente proyectada en el destino sino que, la mayoría de las veces, suele serlo para solucionar una situación de crisis o allegar recursos, consolidando su posición en el origen, aunque se trata de estrategias mudables y que pueden cambiar, con las circunstancias, sus objetivos (Devoto, 2003).

Eso no era todo sin embargo. Una vez llegados a la Argentina, eran esas mismas redes sociales las encargadas de proveerlos, según la muy clásica definición de cadenas migratorias, además de un ámbito de sociabilidad en que se reconocieran, de alojamiento inicial y empleo en el nuevo país. Elemento este último que explica las concentraciones detectadas de inmigrantes de un mismo origen en especializaciones o nichos laborales, en no pocas ocasiones aprovechadas por empresarios, que plantean el problema de la segmentación del mercado de trabajo, pero también además de la emigración no sólo como experiencia de la solidaridad si no de la explotación por parte incluso de parientes previamente establecidos. De ahí la importancia, de rescatar toda la documentación personal (correspondencia, fotos, memoria de inmigrantes, libros de viajes, registros orales, archivos de voces), los objetos materiales (muebles, enseres domésticos, vestimentas, herramientas de trabajo de los distintos oficios), medios de información (prensa local, prensa étnica, bibliografía) o de sociabilización (recreaciones o registros de fiestas, libros de diverso tipo de las mutuales extranjeras, cancioneros, repertorios de bailes, hábitos alimenticios) que nos permitan percibir todas las dimensiones opuestas, aunque no necesariamente contradictorias, de sus vidas, sus logros y de sus estrategias. De modo de percibir, en su compleja articulación con la sociedad local, sus cambiantes de significados (Ginzburg) pero también

de restituir sensatez y contenido a los conceptos que orientan nuestras explicaciones restituyéndoles esa perdida humanidad que hasta hace poco parecía extraviada para siempre.